

VIUDEZ

Fallecimiento del esposo. Otra vez a Paseo 1. Eduardito murió el 5 de enero de 1914. La construcción de «El Retiro». Escuela gratuita para pobres. Esbozo de comunidad. Jardinería. Arboleda de Frutales. Una necesidad histórica: Declarar «El Retiro» Monumento Nacional.

La muerte del esposo fue para Laura una verdadera catástrofe. Veinte años de vida profesional. Un amor intensamente compartido, múltiples afanes mutuos, fervor en la continua creación: Siete hijos, Policlínica de Especialidades, tres voluminosos libros «Oftalmología Clínica», tres tomos; una revista mensual, «Los Archivos». Quedaba detrás un lapso demasiado largo.

La compenetración muy completa que se matizaba con el más acendrado amor; días de felicidad en la casona de Paseo, con sus amaneceres a la orilla del mar. Mar que Enrique siempre consideró el más eficaz instrumento de su curación. Debido, desde luego, a que con fundamento o no cada vez que regresaba de un viaje por mar se sentía más aliviado de sus males. Los niños que fueron llenando la vida en común, alterada la alegría de verlos crecer por la necesidad de alejarlos, para la seguridad de criarlos saludables. Todo eso, que era su vida desaparecía irremediabilmente con el deceso del esposo. El hecho estaba ahí: Enrique había terminado su ímpetu de superación, su existencia militante.

La misma fecha del fallecimiento, —10 de febrero de 1910— en la sesión de la Academia de Ciencias, el Dr. Santos Fernández pronunció emocionado discurso, donde afirmó:

«Uno de sus esfuerzos más laudables en pro del progreso de la medicina entre nosotros fue sin duda el de iniciar, en la Sociedad de Estudios Clínicos, la idea de celebrar el Primer Congreso Médico Regional Cubano. A pesar de los temores

que muchos abrigaban acerca del poco éxito de dicho certamen, por ser cosa nueva entre nosotros, lo tuvo completo el celebrado en 1890, y por tanto este triunfo es uno de los méritos más salientes del desventurado compañero al que la naturaleza negó resistencia corporal suficiente para alojar un alma tan grande y un corazón capaz de tanta nobleza.»

Y terminó el Dr. Santos Fernández diciendo:

«Señores académicos: Por las palabras que he vertido y por la relación de méritos que en breves minutos he apuntado a manera de ligero esbozo, podéis colegir las horas que necesitaría para recopilar la labor y aquilatar los méritos de uno de nuestros médicos más autorizados, del oculista más competente que hemos tenido, cuyo cerebro se ha extinguido ya para siempre y cuyas hábiles manos permanecerán eternamente inertes.

Permitidme, señores, que antes de cesar en el uso de la palabra haga llegar a la genial, infortunada y heroica consorte, la Doctora Laura Martínez Carvajal de López, el duelo profundo de esta Academia ante tan irreparable pérdida, porque la Academia considera al ilustre Caído, como uno de los suyos, porque suyos son — sin reparar en las trabas reglamentarias— cuantos, como el Dr. Enrique López, elevan con su inteligencia y sus virtudes cívicas, el nivel moral y científico de la patria cubana.»

Laura quería mucho a Enrique. Lo admiraba. Sentía profundo respeto por sus deseos. Este había abrigado la esperanza de ver algún día establecida una casa expresamente para los ciegos. Para su enseñanza. Para su bienestar. Con esta idea había escrito al extranjero. Se recibieron catálogos e informes para la adquisición de los implementos para la lectura por el sistema Braille y otros medios para la superación de los seres que viven carentes de vista. Al morir él, no se habían realizado sus deseos. En memoria de esta aspiración, Laura entregó cuatrocientos pesos para contribuir a este noble propósito, ya hecho realidad en el «Asilo de Ciegos Varona Suárez». Con éstos se compraron estantes, algunas máquinas y demás medios útiles para la enseñanza y la preparación cultural de ellos.

Con la muerte de su esposo no había Laura apurado el último de sus dolores. Recién se cicatrizaban las heridas por la ida del

bien amado cuando se abría otra tan honda casi como la primera. Eduardito, el más pequeño de los hijos, murió el 5 de enero de 1914.

Corría el año de 1917, cuando se encontró a sí misma y tomó una resolución: Compró un cuarto de caballería en el campo y trató de rehacer su vida. A pocos kilómetros del poblado de San Francisco de Paula un señor de apellido La Rosa tenía una caballería de terreno. Hacía algún tiempo que el Señor Hierro, dueño de la Casa Hierro tenía ya un cuarto de caballería en la misma carretera central. Cuando fue a establecerse allí ya vivía la viuda de Hierro llamada Blanca Macinos. Con su hijo Manolín Hierro y su nieta. Los esposos Melero adquirieron a su vez, un cuarto de caballería. Otra de las familias propietarias de un cuarto de caballería y que residió largos años allí fue la compuesta por el Dr. Francisco Gutiérrez, abogado y su esposa, María Luisa Fernández. Tuvieron un solo hijo, Francisco. Desde el año 1922 vivió con ellos su hermana Josefina, con sus tres pequeños. Esta y sus vástagos, viven y éstos cuando eran niños fueron discípulos de la escuelita gratuita que fundó María en su propia casa. Eran, pues cuatro familias, Hierro, Melero, Gutiérrez y López Martínez Carvajal, que llevaron una estrecha amistad.

¿Cómo se va a la Finca «El Retiro»?

Directamente partiendo de la Habana a la Carretera Central o mejor tomando la calle G, doblar por la izquierda y la altura de la Vía Blanca, que se alcanza una vez traspuesto el Palacio de los Deportes y por consiguiente, la Fuente Luminosa que lo escolta. Esta Vía, amplia y muy bien pavimentada se cruza con la Avenida Cienfuegos que antes se llamaba de Dolores. Esta a su vez se entronca con la carretera central. Unos kilómetros de ruta muy transitada y traspuesto el pueblecito de San Francisco de Paula se llega a una calle estrecha. La primera vez nuestro camino era a rumbo, no teníamos dirección exacta. Llegamos a la Clínica La Milagrosa e inquirimos. Nadie sabía. Por fin un anciano que vive por esos alrededores desde 1900 nos dijo: ¡Ah, sí! ¿Una viejita muy buena, maestra, que tiene con su hija una escuela gratuita para pobres? Ya ella falleció, pero no es por aquí, es mucho más atrás, por donde está la Clínica de Enfermedades Mentales Dr. Valdés Dapena. Ya era un norte. Allá llegamos. El director, Dr. Valdés Dapena, hijo, nos recibió cordialmente. Y sabedor de nuestro propósito nos informó. Tengo diez y siete años de estar

ubicado en este lugar. Esta es la misma Finca «Hierro», que adquirimos de la viuda. Al otro lado encontrará usted miembros de la familia Gutiérrez, que pueden darle informes de los últimos años de la Dra. Laura Martínez y Carvajal. Hasta va a encontrar exdiscípulos, que están de lo más bien informados.

En efecto, penetramos por una calle estrecha, cruzamos los rieles del ferrocarril y nos admiramos que por lo menos durante una o dos cuerdas, dicha callecita tiene una preciosa guardarraya de hermosas matas de mangos. Un poco más y a la izquierda encontramos el letrero, de metal, entre dos parejas de palmas muy altas. Se lee: «El Retiro». Cerca de un cuarto de siglo fue ésta la residencia, el hogar apartado de la persona que abrió nuevos derroteros a la mujer.

A su viudez empezó esta etapa, la última de su fecunda existencia. El nombre «El Retiro» que puso ella misma a su casa, es todo un símbolo. El letrero es de modestas proporciones. Y limita la entrada, que es algo angosta. Está bien conservado y Mercedes Mérida, ex-discípula que se presta a servirnos de guía, exclama: «Está igualito que cuando ella vivía».

En una rápida ojeada se observan dispuestos con gracia en su distribución numerosos árboles. De adorno unos, alcanfor, palmeras colonias; frutales otros, mangos, los más, naranjos, limoneros. A la izquierda un cantero donde quedan aún algunos rosales, apenas los últimos de aquellos famosísimos de los cuales obtuvo múltiples variedades Laura con sus estudiados injertos.

El que llega, al levantar la vista avanzando unos pasos, transitando desde luego entre los árboles se encuentra una suave elevación. En lo alto, como por arte de magia, surge la casa. ¿Cómo es? De dos plantas. Desde el principio no fue así. Laura compró el terreno absolutamente raso. Hizo con propias manos el plano y previó la posibilidad de agrandarla con un piso superior, como así fue. Antes de llegar a la casa, en el centro del sendero que a ella lleva, se encuentra una columna. Es cilíndrica. A la altura de un metro se ensancha levemente. En el centro una oquedad como si hubiera contenido algún pivot. ¿Qué es esto? Y nos contesta Mercedes. Un reloj de sol. Hasta hace muy poco tiempo estaba ahí. Y al mirar nos encontramos con algunas matas de mariposas. ¿Qué significan? Si usted hubiera visto cuando ella vivía. Espigas y más espigas se levantaban por doquier. A veces

he venido a regarlas, por su recuerdo, cuando la casa estaba vacía. Ya no, lo hacen los nuevos inquilinos. ¿A ella le gustaban mucho las mariposas? Desde luego y también las otras flores. Pero hace mucho tiempo pasó algo por lo cual la señora se interesó más por las mariposas. ¿Qué fue? Mire, a ella le gustaba mucho leer el periódico. Por la mañanita y más todavía al atardecer, se le veía sentada junto a aquella ventana leyendo periódicos o revistas o libros. Y cuando no, tejiendo. ¿No ha visto Ud. sus lindas labores? Ella era la que nos enseñaba la costura y los bordados., Pero no nos has dicho lo de las mariposas. ¿Qué era? Bueno, yo no me acuerdo bien; pero hubo algo que hizo que la flor de la mariposa fuera la flor nacional. Desde entonces se sembraron muchas más que antes.

Con esta sugerencia nos fuimos a hacer indagación con respecto a ello. Y he aquí lo que logramos, hojeando periódicos y revistas de la época.

Alguien tuvo la feliz iniciativa de representar la solidaridad de los pueblos en la forma simpática que sigue. En la Argentina, exactamente la ciudad de La Plata se creó el llamado «Jardín de la Paz». ¿De qué estaba formado? Del cultivo de tantas plantas como países hay en América. Y cada una de ellas producía su flor. Previamente elegida por cada nación para que ésta fuese su flor natural. Para ello, fue preciso que cada pueblo determinase cuál era la suya. En 1936 se formuló la pregunta a Cuba. El Ministerio de Agricultura para poder contestar con fundamento, nombró una comisión que integraron los destacados botánicos cubanos Dres. Juan T. Roig, Isidro Castellanos, Antonio Ponce, María Teresa Alvarez, Mercedes Alvira. El ingeniero Fornes y algunos técnicos de la Estación Agronómica de Santiago de las Vegas y el hermano León, del Colegio La Salle, completaron el grupo. La Dra. María Teresa Alvarez era en ese entonces Auxiliar de Cátedra del Dr. Ponce. Se estudiaron distintas flores: Lirio de San Juan, jacinto de agua, mariposa blanca y galán de noche. La victoria fue para la mariposa. La espiga representa la unión, que jamás debe faltar a los cubanos, su corola blanca simboliza la paz, que recuerda la blanca estrella solitaria de nuestra bandera.

Como se ha dicho, Laura siempre se interesó por la Botánica. Por eso, fue el alma de cuantas iniciativas se llevaron a la práctica en este aspecto. Desde siempre el acceso a las fincas de recreo

que no daban a la carretera se hacía por una calle estrecha, huérfana de sombra, que partía directamente desde ésta. Las cuatro familias se pusieron de acuerdo y plantaron una guarda-rama de árboles. En unos lugares matas de mango, en otros altas palmeras. Los mangos son de la variedad de manzana que tienen la forma de esta fruta y son muy dulces.

La sensibilidad de Laura era inagotable. Al preguntar si le gustaban los perros contestó de inmediato su hija Elsie. Siempre los hubieron en mi casa. Y en todas las épocas. Mucho le gustaban a ella. Y mucho sufrimos. Porque cuando se enfermaban, se cuidaban como humanos. Ella misma entablillaba las patitas y los atendía con solicitud. Habían perros de raza, pero también criollos de la calidad menos apreciada. ¿De los gatos? También, pero no siempre los teníamos como los perros. Era visita periódica de los lugares donde reunían estos cariñosos animalitos domésticos.

Ver a seres desvalidos, así niños como ancianos, despertaba de inmediato su exquisita sensibilidad. ¿Cuál fue su interés por el Bando de Piedad? Recién viuda, lo que primero la volvió a la querencia de vivir fue el contacto con los seres abandonados recogidos por Mrs. Ryder, la fundadora del Bando de Piedad. Como se sabe, esta singular mujer prestó continuadas atenciones a los perros solitarios, llamados precisamente callejeros, por carecer de los necesarios cuidados. A veces se atendían en aquel entonces algunos niños carentes de hogar. Laura no sólo contribuía generosamente. Veces había que pasaba la tarde de un domingo o de cualquier otro día no laborable interesándose por estos infelices seres. Esos consuelos que ella prodigaba eran una creciente necesidad anímica. Por largos años, aun después del gran esparcimiento que significó el cultivo de la Finca «El Retiro» siguió contribuyendo mensualmente a la obra benefactora del Bando de Piedad.

Ya en el plano de inquirir, aun pecando de insistente, al contemplar algo así como un bebedero de sinsontes que había en «El Retiro», interrogamos: —Los pájaros, ¿eran de su agrado? ¡Como no! Teníamos unas veces canarios, otras sinsontes. Entonces, el canto de esos graciosos seres alados, ¿le era grato? Muchísimo, afirmó Elsie con entusiasmo.

¿Cómo contempló Laura el movimiento feminista que justamente entre 1918 y 1938 adquirió señaladísimo impulso? La constitución del Club Femenino que culminó en el Primer Congreso



La escolita gratuita para niños pobres fundada por María y Laura.

de la Mujer al cual siguió el Segundo algún tiempo después; ¿qué reacción tenían en su ánimo? Muy buena, repetidas veces expresó su opinión favorable a ese deseo de la mujer, de contribuir al mejoramiento colectivo. No obstante esta aprobación, en ningún momento se dispuso a intervenir.

Muy poco significaba el dinero para Laura. Verdad es que en el hogar de sus padres nunca faltó. Y que con su esposo disfrutó siempre de holgada posición. Aun así, no se inclinaba al lujo. Ni a los objetos de excesivo valor. Era siempre discreta así en su indumentaria como en los bienes materiales de que se rodeaba. Laurita refiere que cuando ellas —las hijas— se afanaban por ir lo más compuestas posible, ya a los conciertos de Pro-Arte Musical, ya a otras fiestas de alto nivel, ella exclamaba. Infelices mujeres que tanto fían en los adornos y los afeites. Lo que valgan, lo que sean, lo que son, será por ustedes mismas, no por los altos costos con que vayan ataviadas. Y predicaba con el ejemplo. Siempre estaba al natural, sin cosméticos y sin pinturas. Por lo general, de afeites, nada.

Una vez recorrido lo que podríamos llamar jardín y arboleda, a cerca de un cuarto de siglo del fallecimiento de Laura se levantan frondosos y llenos de vida los frutales que ella sembró, y que ahora están en plena floración, penetremos en lo que fue su hogar.

La sala es amplia, bien proporcionada y llena de luz. Cuando ella residía aquí ocupaba el principal testero un magnífico piano de cola. El soberbio piano de conciertos que tocaba Laurita con raro virtuosismo y que hemos admirado muy bien cuidado en casa de ésta. A la sala la precede hermoso portal. A la derecha, éste termina en un terreno espacioso donde se levantan algunas matas ornamentales. A la izquierda en el interior los azulejos en el tamaño pequeño tan en boga en la primera mitad del presente siglo, muy conservados, decoran los departamentos que contribuyen al bienestar doméstico. Por una cómoda escalera no muy ancha se asciende a los dormitorios. El primero es una habitación que ocupa todo el ancho del frente con una magnífica vista que domina bellísimo paisaje. De ella nos ocuparemos próximamente. Fue la cámara mortuoria. María, ya muy enferma recogió el último pensamiento de Laura. Por mucho tiempo no había de sobreviviría.

Algunos domingos Laura iba desde su quinta a visitar a su dulce amiga Lina Campuzano. Esta vivía y vive aún, ya muy

anciana, en los altos de una hermosa casa situada en San Lázaro No. 1001 esquina a Hospital, en esta ciudad de La Habana. Se asciende por una ancha escalera de mármol de dilatadas proporciones donde se encuentra el antiguo piano donde Lina enseñó a tantas jóvenes de los tiempos idos. Junto a él los mismos sillones y butacas donde conversaban de sus seres queridos, de los recuerdos de la infancia, de las bellas ilusiones de los días pretéritos.

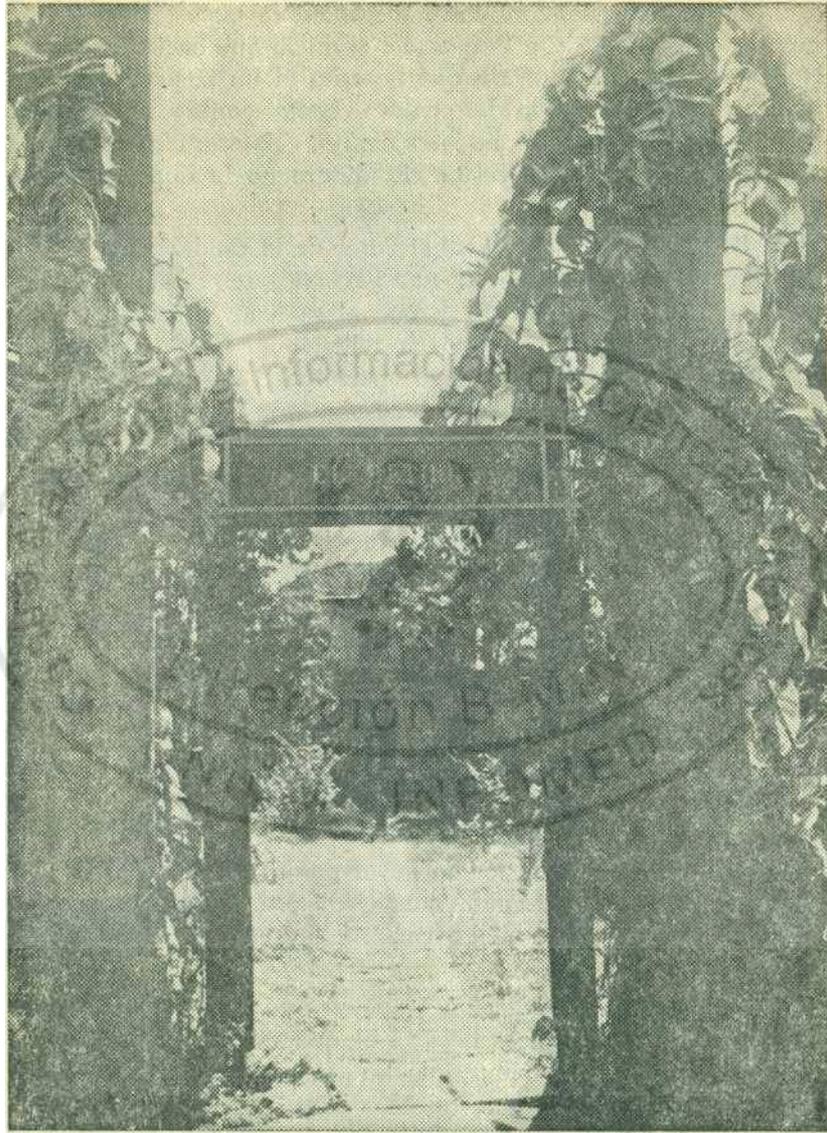
Hemos contemplado ese cuadro y cambiado impresiones con la madre y con las hijas. Al comentar las incidencias de la vida de Laura, tan abnegada, tan clara, tan pura nos sentimos embargadas de sutil melancolía ... Entonces María y Carmen, las hijas de Lina nos hablan de sus cabellos oscuros que formaban un halo muy bello en su frente, tersa aún en los primeros años de su viudez; de sus ojos pardos de intenso fulgor, de sus maneras muy delicadas y finas. Sus palabras la retratan tan vividamente que en este atardecer del domingo de nuestro benévolo invierno, nos parece verla con su leve sonrisa, inseparable de su perenne preocupación.

Volvamos, ahora que se trata de los días solitarios de «El Retiro» a una de las lecturas de aquel tiempo que le hizo una fuerte impresión. Se ha dicho que a Laura, como a su padre le gustaba mucho leer, le encantaban especialmente las biografías. Y a uno de los biógrafos que más admiraba ésta era a Stefan Zweig. Una vez leyó un artículo de éste que puede considerarse de cierta manera como biográfico. Se titula «Antón amigo de todo el mundo». Tanto Elsie, como Laura insistieron en decimos que repetidas veces había dicho que era así como ella concebía la conducta en esta función que es vivir. Se refiere a algo que retrata nítidamente las ideas de una persona frente al diario acontecer. Elsie guarda amorosamente el recorte y nos lo trajo. El artículo comienza con estas dos frases, que copio literalmente: «Sería un hombre verdaderamente ingrato si olvidase a la persona que me enseñó dos de las cosas más difíciles que existen sobre la tierra: Como por medio de su libertad espiritual, el hombre puede libertarse del poderío más fuerte del mundo, el poder del dinero y de qué modo al individuo le es posible vivir entre los demás sin tener un solo enemigo». Conoció al personaje cuando éste se dedicó de manera espontánea a extraer una garrapata que mortificaba al perro del autor. Librado de esa molestia el animal, el amable benefactor se retiró de improviso sin esperar gratificación alguna. Intrigado

con el proceder tan desinteresado preguntó a la cocinera por el sujeto, la que contestó de inmediato: «¡Oh! se trata de Antón. El siempre lo arregla todo.» Preguntóle el oficio que hacía para vivir. «Nada —respondió—. ¿Para qué necesita él un negocio?» «Bien, —dijo el autor—. Toda la gente necesita ganarse la vida de alguna manera.» «Antón no —replicó—. Todos se sienten satisfechos de darle lo que necesita. El dinero no le importa porque no le hace falta.»

De la investigación que hizo el autor de la conducta en la vida de Antón se desprende que era una persona que permanentemente estaba en función de ser útil y que al realizar un servicio o no aceptaba nada o sólo lo preciso para llenar su urgente necesidad. Vez hubo que Stefan Zweig tuvo oportunidad de utilizar los servicios de Antón y recompensarle con algo que él necesitaba: «Un abrigo.» El reconocimiento de Antón lo emocionó más —son sus palabras— que el juicio crítico más entusiasta que le habían hecho a algunos de sus libros. Y termina con esta profesión de fé que quizás sea el principal motivo del placer que Laura tenía en la lectura de este trabajo: «Cuando me siento mortificado por las estúpidas Cuestiones monetarias acude a mi mente la figura de ese hombre que vivía al día sosegada y confiadamente, porque nunca deseaba más de lo necesario para sus necesidades diarias. Y pienso siempre: Si todos aprendiésemos ese secreto de la fe y confianza mutuas, la policía, los tribunales y las prisiones serían innecesarias. ¿No se transformaría completamente nuestro complicado sistema económico si cada quien procediera como Antón, quien daba de sí tanto como podía y no obstante, únicamente tomaba lo necesario?» Quizás la apretada síntesis no haya podido llevar entero el pensamiento que se desprende de esta hermosa narración. De la predilección por estas acciones no obstante bien se puede imaginar la calidad humana y el sentir de Laura.

Si de todas las investigaciones que se han realizado acerca de los actos de Laura queremos llegar a alguna conclusión, la primera es ésta: Que casi todo el tiempo que duró el matrimonio —21 años— ella tuvo la preocupación de que los hijos contrajesen la enfermedad. No se olvide que Enrique enfermó solamente transcurrido un año de casados. Para entender su desolación explíquese que ellos se adoraban. Un amor inmenso compartido, así en la labor diaria en el Gabinete de la Policlínica de Especialidades, como



"El Retiro" donde vivió Laura la última etapa de su vida.

en la continua vida en común; la feliz compañía de los vástagos que fueron llegando y una posición acomodada, tanto por la familia de él como por la de ella. Si se une la juventud, las circunstancias eran para la felicidad. Esta enfermedad, tan al principio de la comunión conyugal, quitó la alegría para siempre.

Debido a ese drama que vivió durante largos años Sus días postreros fueron de tristeza infinita. Sus amigas, Lina Campuzano y sus hijas durante mucho tiempo la vieron vestida de negro. Nunca se resignó a la pérdida del querido compañero. Quizás fuera esa la razón por la cual no prosiguió el ejercicio profesional. Porque no era sólo el vacío de la partida, era también el dolor punzante de tener que atisbar en los hijos bien amados los signos fatídicos de la enfermedad. A su conciencia la invadió una amargura infinita. ¿Cómo atender a las súplicas del Dr. Ferrán, el buen colega, compañero de la labor en la Policlínica para que prosiguiese el trabajo activo en su especialidad de Oculista? ¿Cómo poder encontrar la entereza para actuar en una profesión tan responsable, carente de su amadísimo esposo? El le decía: «Continúe, Laura. Tiene el instrumental, la experiencia, los pacientes. Usted sola habrá de triunfar de la misma manera que cuando estaba acompañada.» Ella resistió. No trabajaría más de Oculista.

Desde el año de 1908 había dejado de publicarse la revista «Los Archivos» órgano de la Policlínica porque se quebrantó más aún la salud de su director Dr. Enrique López. Como es sabido en esta revista, como en los libros de la Oftalmología Clínica, la colaboración de Laura era decisiva: Seleccionar el material, cotejar los resultados, realizar los dibujos a la pluma, que ilustraban los asuntos, es decir, todo. Al deceso, dismanteló el gabinete, donó el Oftalmoscopio a la Academia de Ciencias y fue a residir con sus hijos a su casa de Paseo 1 en el Vedado. En su oportunidad, rehizo su vida, transcurriendo más de veinte años en su Finca de Recreo «El Retiro».

Iniciamos el regreso . Las amplias ventanas invitan a la contemplación del bellissimo paisaje. Dos graciosas y muy verdes plantas de alcanfor, estratégicamente situadas como escoltando dos parejas de muy esbeltas palmeras nos hacen fijar la mirada. Más acá, muy cerca a la casa, altas y frondosas matas de mango. Ahora sus ramas cubiertas de numerosas flores muévense levemente al compás de la brisa, Por allá crecen, profusamente, las colonias, con sus hojas

tan perfuméelas. Al otro lado una planta, cual si fuera areca, pero de tamaño gigantesco y más separadas las ramas. Parece exótica. Todo esto, una hermosa arboleda sembrada por las manos de Laura. Creciendo al sol cual si ella viviese. ¿No es un recuerdo? ¿Por qué no hacerlo más completo? Una casa tan acogedora y bien situada cuyos planos hizo ella misma, cuya construcción dirigió con todos sus afanes, con su más vivo anhelo, donde se alojó con sus hijos. Donde halló su cámara mortuoria, ¿debe perderse como algo que no significara nada? ¿Por qué no hacer de este lugar una conmemoración perenne? La posibilidad de hacer de la Finca «El Retiro» un monumento nacional surge como una necesidad histórica. La presente generación revolucionaria y constructiva, así lo hará. Eso esperamos.

Por si fuera poco lo que se ha dicho, reconsidérense dos hechos que sólo hemos narrado suscitadamente: el desenvolvimiento de la escuela gratuita y la cooperación agrícola que fue como un esbozo de comunidad.

La escuelita, desde luego fue atendida por María, pero la alentaba con todo su entusiasmo, Laura.

Se fundó del siguiente modo: Uno de los hijos de un trabajador era lisiado. Completamente, no. Tenía una pierna que no articulaba correctamente con el muslo correspondiente. Esto le hacía 'ia marcha tan defectuosa, que por ello no podía hacer grandes jornadas. María, por esta razón se propuso enseñarlo. Con él vino su hermanito y luego otro. De Laura fue entonces la idea. María, por los alrededores no hay escuela, sería bueno que tú pusieses una gratuita. En las Pascuas de 1918 comenzó la escuelita con ocho niños. ¿Cuáles eran éstos? Los hijos de los trabajadores. ¿Sólo ellos? Fueron también los de los propietarios de las fincas aledañas: El hijo del Dr. Gutiérrez, la de Melero y cuantos, pobres o no, quisieron participar. A cada curso, más alumnos, más entusiasmo, más fervor en la enseñanza.

¿Cómo se desenvolvía? Clases diarias. Los días de la patria, fiesta cívica. El natalicio de Martí, se celebraba con el obsequio de canastillas rosadas y azules para los niños que naciesen en ese día, confeccionadas por las alumnas. Esta enseñanza de las labores las impartía más bien Laura. Se insistía especialmente en los renglones fundamentales: Lectura, Escritura, Aritmética, Historia, Geografía. Según iban progresando, los estudios llegaron a ser

más complétos. A partir del primer lustró la enseñanza era hasta sexto grado. Curso hubo —el de Mercedes Mérida y otras niñas aventajadas— qué después de terminar con éxito el sexto grado, María les dijo: Ahora tienen que continuar estudios secundarios. La preparación que yo puedo proporcionar termina aquí. Y entonces ellas contestaron, bien lo comprendemos; por lo pronto, vamos a repetir el sexto grado para tenerlo más firme. Y así fue.

Es necesario destacar la forma sencilla que Laura y su hija emplearon para borrar las separaciones sociales. Helo aquí, en el caso de las excursiones escolares. A Santa Fe, a Varadero, a distintos lugares: ¿Cómo se efectuaban? Sencillamente. Madres, alumnos, hermanas, así fuesen hijos de obreros o de propietarios, todos con Laura y sus hijas, juntos participaban por igual, María tenía cámara fotográfica, que manejaba muy bien. Hemos visto el álbum. De sus manos pueden leerse los nombres de los participantes en la excursión o en el acto artístico, porque también se efectuaban éstos en algunas ocasiones, escritos con su caligrafía clara y fina que se hace inteligible aun en los más delicados rasgos. Son tan numerosas las fotos, que constituyen un volumen de más de cien páginas totalmente llenas de innúmeras fotografías de los más diversos tamaños. Aprécianse los distintos aspectos de esos sucesos. De él hemos sacado la que ilustra esta biografía. Que tiene de significativo que en ella se encuentra María, la maestra. Y que en pocas está ella por ser, naturalmente, la que en la mayoría de los casos, tiraba la plancha.

Con respecto al desarrollo de la vida escolar, por las referencias de los distintos alumnos que hemos podido tratar, admira la rectitud de principios, la espontánea disciplina del trabajo y no obstante, la ausencia de religión. Labores, agricultura, buenas maneras, asignaturas fundamentales, estimuladas por Laura, María impartía con entusiasmo. De Religión, nada. Ni en pro ni en contra; lo que se llama nada.

Razón tenía Laurita cuando repetidas veces no decía: Yo creo que mamá se enterró en el campo por eso. Y a nosotras nos hizo amarlo. Porque ha de saber que también con la mocha sembrábamos nosotras. Creo que fue por influencia de Tolstoy y esos autores que todo lo dejaban para dedicarse a la tierra y a enseñar a los campesinos. Con el propósito de investigar acerca de esas ideas que asomaron en distintas conversaciones, una vez le pregun-

tamos a Mercedes Mérida, la discípula predilecta: Y en la escuelita, ¿María no enseñaba religión? No, en ningún caso hacía la más ligera referencia a ese asunto. A algunas madres les extrañaba que siendo unas personas tan buenas en ningún momento se les viera ir a la Iglesia ni enseñar en la escuela siquiera fuesen las más elementales nociones de religión. Esa era la realidad.

El mejoramiento agrícola estaba ideado y practicado directamente por Laura. Ya se ha dicho cuanto la apasionaba la Botánica Aquí, con terreno a su disposición fueron dilatándose sus aspiraciones.

¿Qué hizo? Estudió intensamente en sus libros —hemos ojeado varios— y acto continuo a experimentar. Primero fueron solamente nuevas variedades de flores. Las rosas conocidas en la Habana —está anotada la lista de su puño y letra en el libro del Floricultor Aficionado— conjuntamente con otras aplicaciones. Después amplió su número con la obtención de nuevas variedades que ya no venían de otras flores cultivadas sino de formas silvestres que se lograban mejorar por los solícitos cuidados. O también porque ella hacía traer semillas de distintas clases de rosas y otras flores de Norte- América y de otros lugares. Es lástima que no dejase explicadas estas innovaciones que hoy hubieran podido ser de alguna utilidad. Después, sin dejar de mano las flores se ocupó de los frutales. Mejorar la calidad de los mangos llegó a ser para ella una obsesión. Parece que la variedad manzana era la más susceptible de llegarse a obtener de superior calidad. A eso se debe que la plantación de esta clase de mangos sea de veras considerable.

Más adelante, María compró unas vacas. Entonces la atención de Laura se dirigió al cultivo de yerbas que hiciesen eficiente la alimentación del ganado. En este sentido hizo múltiples experiencias, especialmente para aumentar la cantidad y la calidad de la leche.

Los conocimientos a que se hace referencia en el párrafo anterior, que Laura adquiría tan afanosamente dirigidos por la lectura de libros especializados y por la constante experimentación, ¿eran sólo para ella? De ningún modo. Domingos y días festivos se reunían los familiares de los alumnos, algunos vecinos propietarios y los guajiros pobres para escuchar sus entusiasmadas explicaciones y ver en la práctica los resultados de sus experimentaciones. Imple

mentos agrícolas y cuanto era necesario lo disfrutaban ampliamente todos. El afecto presidía las relaciones de estos individuos que espontáneamente buscaban y obtenían de Laura los más saludables consejos. Ni doctora, ni Licenciada le dijeron en estos lares jamás. Sencillamente Laura, y el respeto más acendrado la nimbaba siempre como una aureola.

